Godzilla vuelve

José Manuel Benítez Ariza

Ilustra, Daniela Cuéllar

El día en el que me encargaron la habilitación de los bajos del antiguo cine España para la instalación de un belén, sentí que, de alguna manera, el azar me resarcía de lo que en su momento viví como una pérdida irreparable: la que sufrí, veinticinco años atrás, cuando fui testigo del incendio que motivó la clausura del local. Miento: el día del incendio no estaba yo en el cine. Sí recuerdo que, apenas una semana antes, había asistido a la que todavía no sabíamos que iba a ser la última sesión infantil que había de celebrarse allí. Proyectaron *Godzilla contra los monstruos*. Y las llamas que, según supimos, surgieron días después por las ventanillas circulares de la cabina del proyeccionista, en la segunda planta, quedaron para siempre asimiladas, en nuestro recuerdo, a las que el dinosaurio de entrañas radiactivas arrojaba sobre las ciudades que encontraba en su camino. Godzilla, sí: ese monstruo benéfico que había pasado de asolar las atribuladas ciudades japonesas a erigirse en ángel protector de las mismas contra toda clase de monstruos surgidos de la mala conciencia de los hombres... Ningún monstruo benéfico se interpuso entre las llamas y el negro futuro al que éstas condenaban al cine España. Futuro que –eso lo supimos después- hubiese sido igual de negro sin mediar ningún incendio. El cine España no era de cartón, como las pagodas y rascacielos que ardían en la pantalla, pero sí de una materia mucho más caprichosa e inflamable. Ahora que lo pienso, lo que se quemó en aquel fatídico amago de incendio no fue otra cosa, ejem, que nuestra propia infancia. Que tampoco era ya, todo hay que decirlo, lo que uno quisiera recordar como tal. Ese mismo domingo mi primo Adolfo, depositario habitual del dinero de las entradas, me había amenazado con gastárselo en petardos. En contra de lo que podamos pensar ahora, los petardos pertenecían ya a una esfera que no era propiamente la de la infancia despreocupada y protegida, sino a otra más expuesta y arriesgada: la que tenía lugar en la calle, en abierta competencia con quienes habían tenido tiempo de afianzar su poder sobre ese territorio hostil y ejercían ya de "mayores". De ahí lo de los petardos, con los que mi primo esperaba dejar amplia y sonora constancia de sus aspiraciones al respecto. Yo, que lo conocía, sabía que era un farol, que no sería capaz de afrontar las consecuencias que tendría para él aquella irregular desviación de fondos. Y, lo que es peor, que aquellos a quienes disputábamos el dominio, más o menos incruento, de las calles que frecuentábamos no parecían ser de los que se dejan impresionar por un simple alarde de pirotecnia casera... Pensé que tal vez

Adolfo se conformaría con gastarse en petardos lo que habitualmente dedicábamos a caramelos. Podíamos pasarnos sin las bolsas de palomitas, las barras de regaliz o aquellos polvos dulces que, a falta de regaliz, chupábamos directamente de nuestros dedos mojados. Con todo, temí hasta el último minuto que la ocurrencia de los petardos pudiera ser, como tantas otras veces, el anuncio de una especie de conjunción adversa del destino, que terminaría deparándonos un enfado más o menos justificado de nuestros padres y una negativa a dejarnos salir. Por si eso fuera poco, amenazaba lluvia, y la sola inminencia de un chaparrón implicaba el inicio de un aburrido debate familiar sobre las consecuencias de salir al exterior con semejante tiempo... Recordé todo esto en mi mesa de despacho, veinticinco años después, cuando el perito municipal me ordenó acudir con mi brigada al local clausurado y proceder a un adecentamiento sumario del mismo. Una asociación vecinal había solicitado permiso para instalar allí un belén, que permanecería abierto al público durante dos semanas.

El perito me entregó un manojo de llaves. Nos desplazamos hasta el local y ordené a un operario que desclavara los listones que aseguraban la puerta. La suavidad con que giró la llave dentro de la cerradura me recordó que ésta había sido abierta apenas unos meses antes, con motivo de una inspección municipal. Con menos suavidad giró la puerta sobre sus goznes, dejando paso a una penumbra fría y densamente poblada de olores, entre los que predominaba, no sabría decir por qué, el del esparto. En mi mano tenía el informe de los técnicos municipales. El local no presentaba daños estructurales de consideración ni indicios de ruina inminente. Fue ese informe, precisamente, el que puso el edificio en el punto de mira de la asociación de vecinos que había solicitado su cesión para la instalación del belén; primer paso, pensaban, de una pacífica apropiación que ellos daban ya por hecha, y que los más ilusos creían consecuencia directa de las pintadas reivindicativas que habían aparecido en la fachada del cine durante los meses transcurridos entre la inspección y las vísperas de las navidades.

Antes de comenzar nuestro trabajo, echamos una ojeada al local. Su ubicación en una calle muy transitada había impedido otros saqueos y desmanes que no fueran los del tiempo. Hondos y uno diría que con-

cienzudos cráteres de roña salpicaban las tapicerías. Las paredes dejaban traslucir extrañas y arbitrarias exudaciones que no obedecían a ningún patrón lógico, como pinturas rupestres de un pueblo de creencias incomprensibles. Las huellas del incendio eran visibles, sobre todo, en la segunda planta. La cabina del proyeccionista era una caverna negra. Lenguas del mismo color se extendían por el ambigú y llegaban a las puertas de la platea, desde donde uno podía imaginar el súbito reavivarse de las llamas al prender las cortinas y respirar, al otro lado, la amplia bolsa de aire contenida en el espacio destinado a albergar al público. Los bomberos lograron llegar antes de que el fuego se extendiese más allá.

Miré todo aquello con cierta melancolía. *Godzilla*, sí. Y también *Tarzán y su hijo* y *Esta voz es una mina* y *La ley del kárate en el oeste*, saldos y películas viejas que el empresario programaba con la indiferencia del que sabe que, en cualquier caso, la sala ha de llenarse, domingo tras domingo, de la misma chiquillería chillona, más devastadora aún que el mismo incendio que le obligaría a cerrar su negocio. Ahora era imposible distinguir lo que habíamos destrozado nosotros, con nuestras patadas y nuestra algarabía, de lo que habían arruinado el tiempo y el abandono.

Procedí a dar las órdenes pertinentes. El belén se instalaría al pie de la pantalla, que era donde se disponía de más espacio. Había una puerta a cada lado. El público entraría por una y saldría por la otra, lo que aseguraría un ordenado fluir de gente en un solo sentido. Unos paneles de contrachapado delimitarían el cauce de la previsible corriente humana e impedirían la visión del arruinado patio de butacas. Sabíamos, no obstante, que muchos entrarían en el edificio llevados por la curiosidad de ver lo que quedaba del antiguo cine. Sintiendo mucho decepcionarlos, sellamos cuidadosamente el circuito previsto y nos empleamos a fondo en adecentarlo.

Poco hay que reseñar de los dos días que tardamos en hacer todo aquello. Digamos que, de haber podido elegir, hubiésemos preferido dedicar ese tiempo a levantar un tablado en una plaza o a apuntalar un balcón en peligro de ruina. Trabajos sencillos, que admitían lentitud y pausas dedicadas a satisfacer la curiosidad del público, rodeados de esa aquiescencia general que suscitan las obras públicas de poca monta y

manifiesta buena intención. El del cine, en cambio, era un trabajo sucio y monótono, sin posibilidad de espectadores y sin otra pausa que la media hora reglamentaria del desayuno.

En lo que a público se refiere, no obstante, hubo una excepción. Apenas llevábamos unas horas dentro del cine, el primer día, cuando oímos unos pasos en el vestíbulo. Salí a ver quién era. En la penumbra, distinguí una sombra huidiza. "¿Desea algo?", grité. Pero el intruso había alcanzado ya la puerta y se había perdido entre la multitud que abarrotaba la calle a media mañana.

La escena se repitió por la tarde. Por señas, indiqué a uno de los operarios que saliese por la puerta de atrás y bloquease la entrada, mientras yo corría al vestíbulo. El intruso, esta vez, no tuvo escapatoria.

Era un hombre de unos sesenta años. Para ser un simple curioso, se le veía demasiado asustado "¿Desea algo?", volví a preguntar. "No, no, gracias". Y salió como avergonzado de que su atrevimiento lo hubiese puesto en evidencia. El operario y yo nos miramos. "Cosas de viejos", dije, sin reparar en que mi interlocutor, un carpintero a punto ya de jubilarse, no era mucho más joven que el intruso.

-El caso es que conozco a ese hombre -comentó-, pero no recuerdo de qué.

Dos días después entregábamos las llaves del local al presidente de la asociación de vecinos. En los días que siguieron pasé por allí en más de una ocasión para ver cómo iba la instalación del belén. Los vecinos, con entusiasmo digno de mejor causa, habían armado con tablas y caballetes una tarima amplia, sobre la que iba tomando cuerpo un extraño paisaje, a medias de cuento, a medias extraterrestre. El conjunto, no obstante, había sido dispuesto con un convincente sentido de la perspectiva. El fondo lo ocupaban figurillas minúsculas, como perdidas al pie de los imponentes cerros y los no menos impresionantes castillos que los coronaban. El primer plano correspondía a los protagonistas de la escena, a escala convenientemente mayor que la de los personajes secundarios que poblaban las lejanías. Todos, los que estaban cerca y los lejanos, compartían una misma actitud de andar absortos en asuntos tan

fútiles como desacordados. Había quien daba de comer a las gallinas y quien, en medio de las gallinas, tensaba un arco en dirección a una imaginaria presa voladora. Había quien lavaba ropa en un río de celofán azul y quien, a unos pasos de las aguas revueltas, pescaba apaciblemente.

El belén se inauguraría a media tarde, en vísperas de Nochebuena. Hice que mi carpintero, el mismo que había estado presente en las tareas previas de adecentamiento, diera su visto bueno al tinglado armado por los vecinos. Lo que hizo con ese aire condescendiente con el que un profesional juzga la obra de unos aficionados.

-¿Recuerda usted al viejo que apareció por aquí el otro día? –me dijo-. Ya sé quién es. Trabajaba aquí. Era el proyeccionista. ¿No se acuerda? El incendio comenzó en la cabina, en unos rollos de película. Encontraron unas colillas en el suelo y le acusaron de imprudencia. Estuvo a punto de ir a la cárcel.

Me pareció hasta cierto punto lógico que aquel hombre deseara volver al lugar que había sido causa de su descrédito y ruina. El carpintero me contó que el proyeccionista, además de fumar entre los cambios de rollo, solía beber más de la cuenta. En alguna ocasión llegó a abandonar la cabina en plena proyección para tomarse un vaso en el bar de enfrente. Recordé las muchas pausas injustificadas que sufría la sesión infantil, las interrupciones bruscas, los desenfoques que se prolongaban hasta que la turba del patio de butacas atronaba el cine con sus protestas... Y de nuevo, incongruentemente, me acordé de mi primo y de su decidido propósito de gastarse el dinero de las entradas en petardos.

Petardos como los que hicieron sonar unos niños en la pequeña aglomeración que se formó a la entrada del local, en el momento de su apertura. Me sonaron lejanos, inofensivos, y quienes los encendían me parecieron demasiado jóvenes, de ningún modo aspirantes a esa edad desde la que el presidente de la asociación de vecinos temblaba de emoción al cortar la cinta y los demás rompían a aplaudir como si les fuera la vida en ello.

Apenas la multitud se disolvió, entré en el local. Era mi manera de dar, oficiosamente, el visto bueno a su resurrección, por modesta y des-

naturalizada que ésta pudiera parecerme. Desde la puerta, pude observar la ligera sorpresa de los viandantes al ver abierto el cine, y también el gesto de desagrado con el que recibían el torrente de música navideña que vomitaba sobre sus cabezas un altavoz algo ronco que el ayuntamiento había tenido a bien ceder a última hora a los responsables del acontecimiento.

Dentro había poca gente: miembros de la junta vecinal y algún que otro despistado que, como habíamos previsto, prestaba más atención a los artesonados del techo y a las dimensiones de la platea que al rudimentario tinglado navideño. No me extrañó ver, entre los curiosos, al viejo al que habíamos sorprendido merodeando por el local. Me alegré de que por fin pudiera contemplar a sus anchas aquel espacio al que tantas veces habría regresado en su imaginación, puede que en sus peores pesadillas. De todas maneras, pensé, no hubiera tenido tiempo de jubilarse en su oficio. No en este pueblo, en el que ya no queda ni un solo cine abierto. Y ya me disponía a salir cuando, de pronto, observé que algo atraía la mirada del viejo hacia el belén.

-¡Milagro, milagro! –gritó- ¡Las figuras están vivas!

Más que a corroborar el extraño milagro, las miradas de los presentes se dirigieron al alborotador, y hubo quien chistó conminatoriamente, para acallarlo. En vano. El viejo salió a la calle. Lo seguí y vi que, a pesar de sus gritos alarmados, la mayoría de los que pasaban, tan absortos en sus ocupaciones como las figurillas del belén, ni siquiera dedicaron una mirada al que debieron tomar por un borracho. Borracho sí que estaba. Me paré junto a él y le toqué el hombro, con la intención de preguntarle qué sucedía. Me llegó el aliento del que ha derramado una buena cantidad de vino sobre el aliento podrido de una borrachera anterior. Como no conseguí arrancarle nada coherente, volví a entrar en el cine.

Los de la junta vecinal seguían charlando en un extremo de la zona de paso, ajenos a lo que sucedía. Y el belén estaba vivo, sí. Entre las figuras del misterio, en el portalito iluminado, los bultos del buey y la mula se confundían con los de dos enormes ratas que parecían haber usurpado la función de dar calor al niño. Otras ratas recorrían los montes lejanos, derribaban las ovejas, se encaramaban a los montes y a las torres de los castillos. De

nuevo, en aquel local, volvía a verse el desazonante espectáculo de un mundo que se volvía inesperadamente frágil ante el ataque de una caterva de monstruos.

Hice un gesto a uno de los vecinos y conseguí que sus ojos se dirigieran al belén. No tuve tiempo de ver sus reacciones. Sentí que el estómago se me volvía súbitamente del revés. Pude llegar al lavabo y vomité, o creí vomitar, algo muy parecido a los polvos de caramelo que había tomado en la última sesión infantil de aquel cine, veinticinco años atrás.